

EL GOBIERNO DEL HARÉN

“... Y lo que hay de real en esta magia del amor es que, en efecto, todo hombre –si es capaz de auténtico amor, cosa menos sólita de lo que se presume- lleva desde su primera juventud dentro de sí previstos ciertos dones de feminidad a que su fervor está para siempre adscrito, y por eso no podrá defenderse cuando una mujer que los posee, en quien concretamente se hacen presentes, transita ante su vista con su paso sin peso. ...”

José Ortega y Gasset: *Velázquez*

Yo siempre he sostenido que el estado natural del hombre es el harén. Me explico: cuando digo “hombre” me estoy refiriendo al lado masculino del ser humano; y el “estado” es la situación formal de convivencia que se mantiene con otra u otras personas; en el caso que nos ocupa, ni soltero ni casado ni viudo: ¡harén!, es decir, señor de un harén; de manera que en los documentos administrativos, por ejemplo, se pondría una H o SH, lo que la Administración juzgara más adecuado. En esta condición, las mujeres del harén deberían declarar el mismo estado; de modo que si a una mujer de un serrallo le preguntasen: -¿estado civil, señora?-, ella, con toda naturalidad, respondería: -harén, señora en un harén. Antes de seguir, me gustaría aclarar que este principio no debería interpretarse con ningún sesgo machista, pues yo sólo puedo hablar de lo que siento como hombre, no tengo ADN ni sensibilidad femenina para experimentar los sentimientos de una mujer ni presumir su potencial capacidad para crear un harén de hombres; si bien es verdad que ni en la literatura ni en el arte ni en la historia, hasta donde yo conozco, se muestran casos que puedan servirnos de referencia, lo que me inclina a pensar que no está en la condición femenina formar harenes; por la misma razón que gineceo tiene una acepción de la que carece androceo en el diccionario de la RAE. Yo no puedo hablar por las mujeres, que lo hagan ellas si lo estiman conveniente.

Porque... vamos a ver: ¿quién le pone límites al enamoramiento? Frente al amor somos tan vulnerables como frente a la enfermedad; y nunca seremos plenamente insensibles o inmunes, pues el amor y la enfermedad tienen múltiples maneras de afectarnos. A menos que



Ingres, *La gran odalisca*

uno no esté en su sano juicio, a nadie se le ocurre decir voy a salir a enfermar, como no podría decir esta tarde voy a enamorarme, no. El amor nos atrapa a pesar nuestro, sin que podamos hacer nada por evitarlo ni seamos capaces de definir una estrategia para que ocurra a nuestra voluntad; sucede como una fatalidad, aunque con un sentido positivo. De ahí que yo esté convencido de que la lengua que mejor expresa lo que es el enamoramiento sea el idioma de Shakespeare; los ingleses dicen “to fall in love”, literalmente, caer en el amor, es decir, es un suceso que sobreviene de forma inexorable y sin que sepamos en qué momento y cuántas veces puede ocurrir. Y nada tiene que ver con la vulgar astucia donjuanesca de la conquista ocasional, propia de hombres inmaduros y de frágil estabilidad emocional. Estoy hablando de amor, algo que solo tiene asiento entre las almas nobles y se fundamenta en un compromiso de respeto y entrega mutua entre los enamorados. Ahora bien, debemos desterrar la idea de un único amor o un amor para toda la vida. La figura, tan popular, de la media naranja no es más que una falacia, una leyenda urbana, como dirían ahora. La experiencia del amor es mucho más rica y variada. Encontrar la media naranja en la vida es una expresión sin sentido, porque lo natural es que aspiremos a encontrar nuestro racimo de posibilidades distintas, un ramillete multicolor para llenar el harén de ternuras, simpatías y afectos tan singulares como complementarios.

El harén tiene una historia, la cronología de un avatar natural en nuestra vida, que va enriqueciéndose con el paso de los años. Mi vivencia del harén, que no es ni buena ni mala sino la que el destino me ha deparado, puede ilustrar el principio que trato de defender. El primer amor de mi harén me llegó en la adolescencia; no fue la primera chica ni la segunda ni la tercera... fue la que me turbó, la que quiso Cupido que me atravesara el corazón y me hiciera caer en un estado de atolondramiento por el que andaba medio atontado; inolvidable. Por aquel tiempo, ya fuera de casa y de la familia, en la época de estudiante exiliado, otra mujer me hizo vibrar y me dejaba sin aliento cuando nos encontrábamos; se parecía poco a la primera, pero me cautivó de igual manera y se quedó en mi vida para siempre. En la época del cumplimiento militar, que fue también el tiempo de las muchachas en flor, una nueva diosa me quitó el sentido y me inspiró los mejores

cantos de mi esplendor juvenil, ¡cómo dejarla! No tardó mucho en llegar la siguiente, la de la pasión, la chica con la que descubrí lo que hombre y mujer son; la amé cuanto fui capaz y ella me quiso sin reservas, ofreciéndome generosa y desinteresadamente cuanto el amor es capaz de dar en los momentos de mayor intensidad en la manifestación del cariño. Después apareció en mi vida otra muchacha en flor tardía, que para siempre se quedaría en mi serrallo: la que más me ha hecho reír y llorar, la que siempre estuvo a mi lado cuando más lo necesitaba, la que mejor conoce los entresijos de mi alma. Vendría después una extranjera, la que puso el tono exótico en el conjunto del serrallo, deslumbrante en su sencillez, inmarcesible en el recuerdo: la vienesa. (¿Cuántas van...? Vive Dios que no exagero, es que Cupido es implacable y me tiene el corazón como un acerico.) Y aconteció en mi vida que conocí a la chica de la radio, la de voz arrulladora, con un tono tan sutil y delicado que solo los ángeles, si hablaran, podrían hacerlo así, de manera celestial; ella es mi Sherezade, la que cada noche me cuenta un cuento que calma mi ansiedad y sosiega mi sueño. Y está la chica de las flores, la de cuerpo de titanio, con la que juego al tenis, monto en bici y camino como Aquiles, el de los pies ligeros, por la

montaña: irrenunciable compañía. Y está también en mi harén la mujer discreta, de talle de junco y rostro de porcelana, que con su sonrisa calma toda la furia con que mi carácter tiende a desbordarse en ocasiones. Y la violinista, de inefable encanto eslavo, con manos blancas y suaves, que acarician con la misma delicadeza con la que sujeta el violín contra su mejilla mientras lo toca con dulzura, como madre que mimaba a la criatura de sus entrañas. Hay otras, pero no quiero cansaros.

Mas... ¿cómo puedo yo acomodar a mis amores para que todas ocupen un espacio próximo a mí? ¿Qué lugar debo procurarles para que vivan cómoda y relajadamente en un espacio de individualidad inviolable, pero a mi lado? Bueno, esto no ha de ser problema,



Henri Matisse, *Odalisca turca en un sofá*

¿quién ha dicho que yo no pueda tener mi Topkapi, mi Alhambra, mi Taj Mahal, mi Alcázar...? esto es solo cuestión de dinero y los asuntos que se arreglan con dinero no son problemas. Tendré mi palacio.

Lo que sí es una cuestión bien enrevesada es el gobierno del harén, porque eso no lo puede hacer el señor ni se compra con dinero, eso sólo lo puede hacer una mujer, una mujer muy especial: la favorita. ¿Pero cuál de todas pude ser la favorita..., qué cualidades debe poseer...? La favorita no puede ser ni la más joven ni la más inteligente ni la más guapa ni la más ardiente; la favorita lo ha de ser no sólo para el señor sino para el resto de las mujeres del serrallo; la que es aceptada por todas sin reservas, la que contiene los celos y mantiene en pacífico equilibrio el gineceo; y posee la sutil habilidad de manejar al señor y tenerlo siempre satisfecho. Y cuando llega el momento de los melindres incitativos —como diría don Quijote— ella conduce el trance con tal inteligencia y sutileza que es capaz de contentar siempre al señor, ya sea por ella misma o por cualquiera otra de las mujeres del harén que ella propone, sin forzar la voluntad de ninguna. ¿A quién elegir?... ¿Dónde encontrar esta mujer?... Esto sí que es un problema.

En esta confusión estaba, cuando noté una leve agitación de mi cuerpo al tiempo que una voz muy conocida me decía: - Cariño, vete levantándote que ya ha sonado el despertador. A lo que yo, mientras iba recobrando la razón, respondí como un autómatas: -¡ya está, ya tengo la solución: querida, tú serás la favorita! Y ella me respondió con indiferencia: -Anda, deja de soñar y levántate que tenemos el tiempo justo.